

ÍNDICE

Prólogo.....	9
Maléficas transfiguraciones. <i>Raquel</i> : prontuario oracular para batallas ideológicas españolas.....	31
Autoexilios textuales. Disidencia idiomática y memorias íntimas, o el secreto arsenal de armas ligeras de Blanco White	53
Ideología nacional y orientalismo: José Zorrilla.....	69
Ideología por entregas. Dialécticas folletinescas de la fragmentación y la unidad en <i>María, la hija de un jornalero</i>	91
Fatalidades familiares, penurias de la nación. Tristes guerras ideológicas en las tramas tendenciosas de Galdós y Pereda	111
Diablas azules en la Restauración. Retóricas monstruosas de la novela aristocrática.....	137
Autorreflexividad literaria y simulacro político: teoría y práctica de la representación en el parlamentarismo de la Restauración y en la novela de Galdós.....	163
Construcciones y derribos novelísticos. Arquitecturas ideológicas en la coyuntura entre dos siglos.....	189
Epílogo.....	217
Obras citadas.....	221
Índice onomástico	241

PRÓLOGO

“Pero esta, la nuestra, es sólo una guerra incivil”.
(Atribuido a Miguel de Unamuno)

El libro que sigue atiende al todavía insuficientemente explorado campo de los mecanismos retóricos esgrimidos, a manera de armas o tácticas de ataque y defensa, en un grupo de textos literarios susceptibles de ser leídos como episodios de una cadena de feroces batallas ideológicas españolas¹. En esas escaramuzas de retórica ideológica nacional se encuentran maniobras de extrañamiento y ostracismo a partir de la feminización, extranjerización o demonización del enemigo ideológico. A veces se produce el inopinado recurso al exilio idiomático

¹ El asunto tratado en este libro ha sido uno de mis principales objetos de investigación y enseñanza en los últimos veinte años. Versiones iniciales de cinco de los capítulos del mismo, el 1, 3, 4, 6 y 8, han sido publicados anteriormente en revistas especializadas o libros colectivos a lo largo de este período de tiempo. Aquí aparecen ahora de nuevo actualizados bibliográficamente, corregidos, ampliados y entrelazados unos con otros tras lo que espero haya sido un proceso de maduración y crecimiento experimentado por el autor con respecto a algunos de los conceptos y análisis incluidos en los mismos. Todos ellos aparecen con la autorización correspondiente de los editores de las revistas y libros en los que aparecieron originalmente en su versión primitiva. Enumero a continuación las referencias bibliográficas de esas publicaciones originales: “Guerrillas ideológicas y estéticas en la *Raquel*. (Breviario español de cómo marginar al enemigo)”. *Dieciocho. Hispanic Enlightenment* 24 (2001): 261-78 (Capítulo 1); “Ideología nacional y orientalismo en José Zorrilla”. *Zorrilla y la cultura hispánica*. Ed. Ricardo de la Fuente Ballesteros, Ramón González y Beatriz Valverde Olmedo. Madrid: Wisteria, 2018, pp. 557-580 (Capítulo 3); “Dialécticas folletinescas de la fragmentación y la unidad: *María, la hija de un jornalero*”. *Siglo Diecinueve (Literatura Hispánica)* 25 (2019): 259-258 (Capítulo 4); “‘La condesa del Zarzal es un monstruo de infamia’. Diablas azules en la Restauración”. *The Colorado Review of Hispanic Studies* 4 (2006): 271-292 (Capítulo 6); “Construcciones y derribos. Arquitecturas ideológicas de la novela de tesis española en la coyuntura entre dos siglos”. *Anales de la Literatura Española Contemporánea* 23:1 (1998): 531-557 (Capítulo 8).

y la confesión íntima como estrategias en el debate político. Es muy frecuente en estas batallas la utilización de distintos avatares de la trama amorosa y la fábula familiar. En ocasiones, el contraste entre unidad y fragmentación en todos los niveles del texto y su difusión se convierte en una singular herramienta de adoctrinamiento ideológico con ribetes nacionalistas. La politización de opciones estéticas, como el neoclasicismo del XVIII o el realismo y el naturalismo en el XIX, es bastante contumaz a lo largo de la época estudiada. Algunos de los textos inmersos en la refriega descubren el potencial de agitación ideológica de procedimientos literarios, como la metaliterariedad, aparentemente inocuos desde el punto de vista del posicionamiento político. El espanto taxonómico producido por el protagonismo de figuras híbridas y monstruosas también ocupa un lugar prominente en esta crónica analítica de recursos retóricos puestos al servicio del enfrentamiento ideológico. Finalmente, según avanza el siglo XIX, la inscripción, ejecución y derribo de fábricas arquitectónicas en algunos textos literarios funcionan como contrapunto de las muy aparatosas construcciones, demoliciones y quemas de edificios reales, sobre todo religiosos, motivadas por razones ideológicas.

Algunos de esos recursos son comunes a las retóricas ideológicas de diferentes países y culturas, aunque casi siempre contienen énfasis y matices propios de la circunstancia histórica española. En cualquier caso, tanto los más como los menos idiosincráticos están determinados por dos ideologemas correlativos bajo cuya égida o maldición se han librado las guerras ideológicas nacionales desde el último tercio del siglo XVIII: el convencimiento de la existencia, latente o patente, de una perpetua guerra civil en el país y el mito o la realidad de las dos Españas en todas sus posibles variaciones.

1. RETÓRICA, IDEOLOGÍA, LITERATURA

A pesar de honrar la estructura trimembre casi de obligado cumplimiento de un tiempo a esta parte en títulos de crítica cultural (tal, tal y tal), o, de manera más venerable, la canónica regla de tres, el tricolon, en la tradicional retórica oratoria, soy consciente de que los miembros concretos de mi trirreme titular presentan ciertos desafíos con respecto a la ortodoxia crítica contemporánea.

Para empezar por el último miembro de esa triada de la segunda parte de mi título, de su apellido, por así decirlo, el concepto “literatura” viene sufriendo desde hace ya años de un airado descrédito, de acusaciones, precisamente, de maldad ideológica (el sintagma supone para muchos un mero pleonasma), y de imputaciones de precariedad ontológica, pues (de nuevo para muchos) la literatura no sería otra cosa que un inconsistente e interesado artificio imposible de definir rigurosamente a través de un conjunto de cualidades intrínsecas. “Ideología”, por su parte, se constituye como un vasto y sinuoso laberinto que mueve continuamente a confusión a sus críticos, artífices y consumidores debido a sus numerosos, y a veces contradictorios, significados; Terry Eagleton enumera hasta diecisiete, aunque luego los reduce amablemente al todavía intimidante número de seis (*Ideology* 1-2, 29-30). Por añadidura, frecuentemente se le atribuye un alto grado de toxicidad, tanto en el ámbito, real o impostado, de la cultura popular, de la voz de la calle, como en muchas de las acepciones del concepto a partir del marxismo. Realmente, cuando, mucho antes del inicio de las reflexiones marxistas, se creó la palabra, sus más acérrimos detractores fueron conservadores y reaccionarios, una posición que en general se ha mantenido a lo largo del tiempo en esa banda del arco político. En suma, la actitud beligerantemente antiideológica trasciende divisiones políticas, pues, como decía Suleiman de la novela de tesis (3) o Eagleton de la propia ideología (*Ideology. Introduction* 2), eso (demostrativo despectivo), la ideología, es algo que solo hacen o tienen los otros. Hay que recordar que en sus inicios, con el aristócrata revolucionario Destutt de Tracy a finales del XVIII, la palabra “ideología” servía para designar una ciencia de las ideas como fenómenos sociales, en buena medida partiendo, si se me perdona la cacofonía conceptual y el parcial anacronismo, de una posición ideológica en contra de las fuerzas tradicionalistas. Más tarde pasará a ser el nombre de un objeto de estudio en sí mismo; no un estudio de las ideas sino las ideas mismas, particularmente con el advenimiento del marxismo. En el contexto de este último, el grado de sacralización de la ideología en lo que se refiere a su centralidad, a pesar de su condición superestructural, y a una consecuente imperiosa necesidad de dilucidarla, está frecuentemente en una relación directamente proporcional a los extremos de culpabilización de la misma en lo que atañe a sus efectos políticos y sociales o a la notable complejidad en su manejo crítico.

Tras la malhadada literatura y la espinosa ideología, baste citar la frase con la que Richard Toye siente la necesidad de comenzar su muy difundido manual *Rhetoric: A Very Short Introduction* para indicar la turbiedad de la primera de las tres patas del título, de la retórica: "Society's attitudes to rhetoric are often very negative. It is usually seen as a synonym for shallow, deceptive language—the opposite of 'substance'" (1). Aun reconociendo que, dentro de una contradictoria apreciación, la retórica es objeto de admiración en algunas situaciones (Winston Churchill hacía en 1897 una apología nostálgica de la oratoria inglesa en "The Scaffolding of Rhetoric"), puesto en términos de sabiduría coloquial el asunto se concretaría en "No me vengas con retóricas", que, por cierto, podría ser intercambiable con "No me vengas con ideologías" o "No me vengas con cuentos", "No me vengas con novelas", "No me vengas con literaturas". Por lo que respecta al favor de la crítica, literaria o cultural, la estimación de la retórica ha bajado muchos enteros desde las épocas triunfantes del estructuralismo y la deconstrucción en favor de reflexiones sobre contenidos desprovistas de mayor consideración a la materialidad y espesura del lenguaje. Los estudios genuinamente preocupados por la forma han caído en relativa desgracia a pesar de excepciones como los esfuerzos del nuevo formalismo y la nueva retórica de reintroducir la preocupación sobre ella en aproximaciones donde se analiza en estrecha relación con significados y contextos sociales. Este desdén contemporáneo por la retórica de parte de la crítica es además especialmente desconcertante desde un punto de vista histórico si se coteja con la explosión contemporánea de información y contenidos cibernéticos que, a través de una combinación de textos escritos, imágenes y sonidos, buscan afanosamente convencer a sus receptores de todo género de cosas, verdaderas o falsas, racionales o clamorosamente absurdas. Para conseguir su objeto esa miríada de mensajes se vale masivamente del uso y la recreación de una larga e ilustre progenie de procedimientos retóricos, cuya utilización en el pasado podría iluminar los mecanismos persuasivos del presente.

Para empezar a desbrozar un poco el campo señalado por mi título, y sin entrar en el dilema de su viabilidad ontológica (reconozco mi cobardía), he optado por una concepción instrumental y convencional de la literatura. En ese sentido, admito en general como perteneciente a ella lo que ha sido estimado consuetudinariamente como tal en manuales e historias literarias al uso, aun siendo consciente de los

pecados por obra y omisión perpetrados por dichos textos y teniendo en cuenta las cabales enmiendas contemporáneas que se han hecho a los mismos. A la hora de acotar ese espacio literario en su intersección con lo ideológico, mi criterio está a medio camino entre los utilizados por dos libros cardinales en torno a la confluencia de literatura e ideología, *The Political Unconscious: Narrative as a Socially Symbolic Act* de Frederic Jameson (1981) y *Authoritarian Fictions. The Ideological Novel as a Literary Genre* de Susan Suleiman (1983). Aunque su libro se centra en la narrativa (en la narrativa literaria si se repara en la índole concreta de las obras tratadas), Jameson promulga al principio del mismo el incontrovertible axioma de que todo texto literario, todo texto, de hecho, es político, ideológico (20). Suleiman, aun aceptando en el primer párrafo de su libro esa aseveración de Jameson, restringe la denominación “novela ideológica” a aquellas “with a clear ideological message” (1), un poco antes de advertir dos párrafos más adelante la no afiliación marxista de su estudio (2). “My subject”, aclara Suleiman ya en términos de mayor altura conceptual, “is a novelistic genre that proclaims its own status as overtly ideological and as fictional” (2), “a novel” añade, más adelante ya con el énfasis de las cursivas, “written in the realistic mode (that is, based on an aesthetic of verisimilitude and representation), which signals itself to the reader as primarily didactic in intent, seeking to demonstrate the validity of a political, philosophical, or religious doctrine” (7).

Sin llegar a la amplitud propuesta teóricamente por Jameson, a diferencia de Suleiman mi atención excede el territorio de la novela de tesis o, en su propia acepción, la “novela ideológica”, para extenderse a un amplio espectro de géneros y subgéneros: drama, poesía, folletín, novela tendenciosa (el nombre dado en España a la novela de tesis para obras publicadas con anterioridad a las francesas estudiadas por Suleiman), novela realista y naturalista, novela autorreferencial, novela aristocrática y confesiones o diarios íntimos destinados, a corto o largo plazo, a la publicación y difusión pública. A un lado, literalmente a un lado cercano y no aparte, dejo los textos puramente argumentativos como el tratado doctrinal, el artículo periodístico, la proclama o el alegato político, el panfleto, la apología, la diatriba, el manifiesto u otros de esa laya en los que la ideología se expresa discursivamente de una manera directa. Así, dedico un capítulo a *Raquel* de Vicente García de la Huerta, estrenada tentativamente en Orán en 1772 y luego, con éxito y controversia, en Madrid en 1778, pero no a su coetánea *La falsa filosofía*

o el ateísmo, deísmo, materialismo, y demás nuevas sectas convencidas de crimen de estado contra los soberanos y sus regalías, contra los magistrados y potestades legítimas de fray Fernando de Zevallos (1775), tan destacada, por inaugural, en *Los orígenes del pensamiento reaccionario español* de Javier Herrero. Obras del tipo de la de Zevallos serán invocadas en mi análisis, pero, como el correlato histórico u otros artefactos culturales, en calidad de contextos e intertextos imprescindibles, de “doctrinal intertexts”, en la denominación un poco limitada de Suleiman (56), de los dramas, poemas y narraciones en los que me concentro y en cuya vecindad temporal o conceptual se produjeron. Por extensión, la atención prestada a los elementos y secciones donde más explícitamente se recoge una argumentación ideológica en los mismos textos literarios considerados es jerárquicamente notablemente inferior a los incidentes textuales de persuasión más oblicuos y enmascarados (en la retórica, como de manera extrema en la ideología dentro de la teorización marxista, a menor visibilidad, mayor eficacia). El libro privilegia la emboscada retórico poética al enfrentamiento en campo abierto. Las partes más ideológicamente patentes de los textos literarios funcionarían a manera de consonancias, contrapuntos o incluso disonancias de las más mediatizadas a través de la maquinaria retórica.

Por supuesto, como famosamente avisaba Paul de Man, ningún texto está libre de retórica, ni siquiera aquellos en los que se abomina de la misma (“Epistemology”), y el discurso político en su versión manifiesta aparece sin duda plagado también de flagrantes recursos retóricos apenas se indague un poco en él (esa ineluctable ubicuidad de la retórica también sería de nuevo cualidad compartida por la ideología en muchas formulaciones marxistas). En verdad, históricamente la retórica aparece desde el principio ligada a asuntos declaradamente políticos y legales, tanto en los ataques que inflige Platón a sus procedimientos en el *Gorgias* como en la taxonomía aristotélica de los discursos que se valen de ella, entre los cuales aparecen, como primero y segundo, el deliberativo, propio de la oratoria asamblearia, y el forense, típico de los procesos judiciales (*Retórica* 194). No en vano, la palabra “rétor”, que en el castellano de hoy es el que escribe o enseña retórica, era sinónimo en la Grecia clásica de político, concretamente de político orador, siendo justamente la oratoria la forma más celebrada también de hacer política en la España del siglo XIX en la que se escriben la mayor parte de los textos contemplados en mi estudio. Sin embargo, se podría postular que, dentro de la escritura imaginativa

o de ficción, más cercana hipotéticamente al tercer discurso retórico aristotélico, esto es, el epidíctico, el discurso del encomio o la censura, los mecanismos formales de persuasión alcanzan una densidad más alta debido a su voraz capacidad de absorción de los recursos de todo tipo de lenguaje, especialmente en el caso de la narrativa. Además, y por la misma razón, dentro de las obras de ficción la retórica exhibe una más amplia diversidad de dispositivos y, quizás sobre todo, un mayor grado de “indirección”, pues aparentemente su función principal a partir del romanticismo sería producir belleza, representar una realidad exterior, expresar una interior, entretener, jugar o reflexionar metaficticiamente sobre sus propios procesos de producción, quedando a menudo la persuasión ideológica entre bambalinas o agazapada a modo de emboscada.

Todos los textos en que me centro pueden ser encuadrados bajo esa etiqueta de escritura imaginativa o de ficción, en el sentido más amplio de este último término, incluyendo los del género confesional, cuyas dimensiones ficticias o imaginativas son fácilmente conjeturables desde un punto de vista teórico. Esto supone, según señalé más arriba, una ampliación del campo de investigación propuesto por Suleiman; si su trabajo trata de “novelas ideológicas”, este se ocupa de manera más abarcadora de ficciones ideológicas; y si la suya es una indagación genérica, esta, si hubiera que buscar un adjetivo, sería de índole nacional por razones a las que aludiré más adelante. Pero además de la extensión al teatro o la poesía, el presente estudio ofrece un ensanchamiento adicional de dicho campo por otro conducto. Suleiman, igual que Ignacio Javier López en su libro sobre novelas tendenciosas españolas, solo atiende a textos que llaman la atención sobre sí mismos como claramente ideológicos. En mi caso, algunas de las obras estudiadas cumplen sin problema esa condición, pero otras no. El criterio de inclusión en mi estudio es más amplio, pues lo que se exige es simplemente que el texto tenga la virtualidad de producir un concreto posicionamiento ideológico en el contexto de las batallas políticas contemporáneas, sin entrar en el siempre peligroso asunto de si ese posicionamiento es consciente o inconsciente, intencional o no. La afirmación de dicha virtualidad descansa en parte en el sustancial archivo de lecturas críticas que se han hecho de los textos, las cuales han ido creando discursos superpuestos a los mismos en sucesivas capas, unánimes o no, de recepción y reescritura. De otro lado, está mi propia intuición en cuanto a la potencialidad retórica e ideológica de

los mismos, una intuición cuya corroboración final (admito la circularidad del argumento) queda a cargo de mi propio análisis concreto de estos. Desde el punto de vista de los efectos perlocutivos de un texto, de sus efectos reales en la audiencia, toda retórica es conjetural. Como, en rigor, la consciencia y la intencionalidad textuales son siempre difíciles de probar o defender (no hablaré de si este u otro autor usa la figura de la preterición sin saberlo o a sabiendas), me acojo a la noción de correspondencia entre retórica, ideología y contexto sugerida por Umberto Eco en un estudio sobre las relaciones entre las dos primeras (*Role* 126). En mi elaboración, esta idea de Eco se concretaría en la búsqueda de correlatos intratextuales (dentro del propio texto o de la obra entera de su autor), intertextuales y contextuales suficientemente significativos como para poder hacer una presunción sobre los posibles efectos suasorios de distintos mecanismos retóricos con respecto a las concepciones ideológicas de la audiencia. Se podría argüir que, llevado a su remate lógico, esto me acercaría a la concepción de ideología literaria de Jameson, dentro de la cual, en principio, todo texto cabría como objeto de estudio. La diferencia, sin embargo, estriba en que la noción de ideología utilizada en mi estudio no responde a una obediencia teórica marxista, por mucho que en su horizonte nunca se pierda de vista del todo esta, aunque se mire frecuente e interesadamente a la misma.

Curiosamente, a pesar de que el concepto de ideología que informa mi análisis se separa de la mayoría de las ortodoxias marxistas sobre el término, siendo sin embargo cercana a la más corriente y mostrenca fuera de los círculos académicos, me he ayudado de algunas indicaciones de Raymond Williams y Terry Eagleton para articular su delimitación (Williams, *Marxism* 55-56; Eagleton, *Ideology* 1-2, 28-31.). De manera operativa, ideología equivale en la economía conceptual de este estudio a un haz de ideas políticas, religiosas, filosóficas, morales, económicas, sociales o nacionales (en cuanto proyectos o convicciones de identidad nacional) con apetencias sistemáticas, propias de una determinada colectividad y orientadas hacia algún tipo de acción real o potencial. Una vez asentada esa premisa, mi interés se centra en los artificios retóricos a través de los cuales se defienden diferentes ideologías, en el sentido apuntado, dentro de una serie de textos literarios españoles.

Así pues, este libro no se ocupa preferentemente de ideologías ni de discursos políticamente motivados sobre la identidad de la nación